



Familia,
élite de poder
historia social

Pablo Ortega-del-Cerro
Antonio Irigoyen López
(editores)

Profesiones, ciclos vitales y trayectorias familiares entre la continuidad y la transformación (ss. XVII-XX)



Pablo Ortega-del-Cerro
Antonio Irigoyen López
(editores)

**PROFESIONES, CICLOS VITALES Y TRAYECTORIAS FAMILIARES
ENTRE LA CONTINUIDAD Y LA TRANSFORMACIÓN (SS. XVII-XX)**

**UNIVERSIDAD DE MURCIA
2019**

1^a Edición, 2019

Esta obra ha sido financiada por el Proyecto de Investigación *Entornos sociales de cambio. Nuevas solidaridades y ruptura de jerarquías (siglos XVI-XX)*, HAR 2017-84226-C6-1-P, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España.

También ha recibido financiación por parte de la Unión Europea a través de los fondos FEDER.



Colección *Familia, Élite de poder, Historia social*

Directores: Francisco Chacón Jiménez, Juan Hernández Franco y Antonio Irigoyen López

Portada: Anónimo, *Portrait of a Military Family*, c. 1789-1790. The Metropolitan Museum of Art, This file is made available under the Creative Commons CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication.

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2019.



ISBN: 978-84-09-16606-0

Materias IBIC/ THEMA: HB, Historia (Original) – HBA, Historia: teoría y métodos (Original) – 3J, Periodo moderno, c. 1500 en adelante (Original) / NH, Historia (Original)

CONSEJO CIENTÍFICO

Colección *Familia, Élite de Poder, Historia Social*

Guido ALFANI (Universidad Bocconi, Milán, Italia)
Carlos de Almeida Prado BACELLAR (Universidad de São Paulo, Brasil)
Juan Manuel BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ (Universidad de León, España)
Joan BESTARD (Universidad de Barcelona, España)
J. Pablo BLANCO CARRASCO (Universidad de Extremadura, España)
Ricardo CICERCHIA (Universidad Buenos Aires, Argentina)
Silvia EVANGELISTI (Universidad de East Anglia, Reino Unido)
Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ (Universidad de Valladolid, España)
Francisco GARCIA GONZÁLEZ (Universidad de Castilla-La Mancha, España)
Mónica GHIRARDI (Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y
Sociedad, Conicet-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina)
José María IMÍZCOZ BEÚNZA (Universidad del País Vasco, España)
Margareth LANZINGER (Universidad de Viena, Austria)
Nuno G. MONTEIRO (Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Lisboa,
Portugal)
Pilar MORAD (Universidad de Cartagena, Colombia)
Pablo RODRÍGUEZ (Universidad Nacional de Colombia, Colombia)
Raffaella SARTI (Universidad de Urbino, Italia)
José Manuel SOBRAL (Instituto de Ciencias Sociales, Universidad de Lisboa,
Portugal)
Ana Silvia VOLPI (Universidad Sao Leopoldo, Brasil)

Índice

Introducción

Pablo Ortega-del-Cerro y Antonio Irigoyen López 9

La élite vizcaína en el Imperio y el Atlántico. Movilidad social y modelos de carreras en durante el siglo XVII

Elena Llorente Arribas 13

Élites de poder y gestión económica: emprendimiento y diversificación inversora en el siglo XVII valenciano

Josep San Ruperto Albert 41

El regimiento como marco de la familia militar: una aportación desde los libros sacramentales de los regimientos suizos entre los siglos XVIII y XIX

Javier Bragado Echevarría 71

Un nuevo resorte para condecorar a nuestros vasallos. La predilección por la nobleza de servicio, los caballeros de la Orden de Carlos III (1771-1808)

Naiara Gorraiz Gonzalo 91

Lo que no se ha visto: los ilustrados de origen vascongado y su papel en la Monarquía Borbónica. Algunas notas

Daniel Bermejo Mangas 117

Más allá del literato. La familia a través de una trayectoria vital: el platero Nicolás Miguel Fernández de Moratín (1738-1809)

Francisco Hidalgo Fernández 143

Sagas navales: identidad, profesión y parentela en tiempos de cambio (siglos XVIII-XIX)

Pablo Ortega-del-Cerro 165

La transformación en primera persona. El individuo como elemento decisivo del cambio social: Miguel Andrés Stárico (Murcia, 1793-1866)

Juan Blázquez García 199

De ministros del rey a magistrados constitucionales. Oficio y familia en la judicatura bispánica a lo largo de los siglos XVIII y XIX: el caso de los Bataller

Francisco Miguel Martín Blázquez 231

Los caminos del capital aristocrático. Nobleza, redes de influencia y capitalismo financiero en la España Liberal (1840-1867)

Ricard Garcia Orallo 245

<u><i>El tránsito desde el Antiguo Régimen a la Barcelona industrial. Continuidades y discontinuidades en la élite barcelonesa (1808-1843)</i></u>	273
José Miguel Sanjuán Marroquín	
<u><i>Madrid, 1880-1930. Movilidad social intergeneracional e incidencias de los lazos familiares en los procesos de inserción a un mercado laboral modernizado</i></u>	295
Santiago de Miguel Salanova	
<u><i>De la provincia a la capital: el ministro Antonio Barroso Castillo y el éxito de las estrategias familiares de promoción social en la burguesía de la Restauración</i></u>	329
Marcos Calvo-Manzano Julián	
<u><i>De tal palo, tal astilla. Familia e industrialización en Calahorra (La Rioja) 1852-1923</i></u>	357
Sergio Cañas Díez	
<u><i>Trabajo ¿estable? en la Barcelona del siglo XX: explorando diferencias entre hombres y mujeres a partir de la reconstrucción de trayectorias laborales</i></u>	383
Conchi Villar	

El tránsito desde el Antiguo Régimen a la Barcelona industrial. Continuidades y discontinuidades en la élite barcelonesa (1808-1843)

José Miguel Sanjuan Marroquin
Universidad de Barcelona

Introducción

Uno de los lugares comunes de la historiografía española es explicar el tránsito del Antiguo Régimen a las sociedades liberales como un relevo en el largo plazo de las élites. En este sentido nuestra visión coincide con la imagen popularizada por Giuseppe Tomasi de Lampedusa, quien narra un proceso gradual en el que finalmente la aristocracia y la burguesía se unieron para frenar transformaciones no deseadas. Sin embargo, pocos estudios analizan en detalle cómo fue este cambio, pero en la ciudad de Barcelona se pueden seguir dichas transformaciones dado que fue la primera ciudad de la península en protagonizar una revolución industrial y en la que los cambios derivados de las nuevas actividades económicas llegaron de forma temprana. También porque la ciudad dispone de unas magníficas fuentes fiscales y notariales que permiten identificar quienes son los mayores contribuyentes en varios períodos diferenciados¹.

El problema metodológico que presenta cualquier estudio que aborde las élites es su ambigua definición: ¿Quiénes forman parte de las élites? ¿Qué es una élite? ¿Qué tipo de poder (social, económico, político, intelectual) maneja dicho grupo? Para evitar caer en la indefinición, este capítulo se centra en aquellos individuos que detentan el mayor poder económico; entendiendo que frente a otras formas de influencia la económica permite medir su posición relativa y rastrear los cambios en la composición de un grupo social. Cronológicamente, el análisis aborda las primeras cuatro décadas del siglo XIX, cuando se documenta una ruptura brusca de la estructura social.² El capítulo abarca desde el inicio de la invasión francesa de 1808 hasta 1844 con el inicio de la década moderada, momento en que también se consolida la revolución industrial en Cataluña. A su vez, este periodo se subdivide en dos partes: una primera que abarca desde 1808 hasta el inicio del Trienio Liberal (1820), en la que Cataluña y España tuvieron que afrontar de golpe las deficiencias

¹ En mi tesis doctoral realicé una reconstrucción biográfica de los mayores contribuyentes del siglo XIX para poder radiografiar la estructura económica de la ciudad y sus cambios entre 1714 y 1919, véase Jose Miguel Sanjuan, *Las élites económicas barcelonesas. 1714-1919* (Barcelona: tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2018). Este capítulo recoge las principales aportaciones del capítulo 4.

² Esta sustitución ya la apuntó Angels Solà, “Características de la burguesía barcelonesa del siglo XIX. Notas historiográficas y apuntes de contenido”, *Cahiers de la Méditerranée*. 1993 46-47 siguiendo la obra emblemática de Jaume Vicens Vives *Industrials i Polítics* (Barcelona: Vicencs Vives, 1958). Un análisis centrado en el tránsito del XVIII al XIX puede encontrarse en Jose Miguel Sanjuan, “Los orígenes de la oligarquía comercial. La evolución de la élite económica barcelonesa en el siglo XVIII” *Historia Social* 87 (2017): 3-24.

sociales y económicas que fueron lastrándolos durante el siglo XVIII y que derivó en la pérdida de la mayor parte de su imperio colonial y en el resquebrajamiento de la estructura institucional absolutista; y una segunda en la que se lucha por establecer un nuevo modelo de estado y, en el caso catalán, se consolida un proceso de revolución industrial.

La música de fondo del capítulo es la culminación de unos cambios iniciados en el XVIII, cuando la burguesía catalana empezó a imponer su modelo social, fruto del control sobre la industria y el comercio. Este nuevo grupo dejó de orbitar en torno a la aristocracia para crear un espacio propio en la ciudad a raíz de la progresiva caída del Antiguo Régimen. En este sentido, las transformaciones que se impulsaron desde el consistorio reflejan este nuevo dominio: se desamortizaron numerosos espacios en las Ramblas, se abrieron las calles Ferran y Princesa, se construyó la Plaza Real, se edificó el *Plà del Palau*, el teatro de la Santa Cruz dejó de ser el centro cultural de la ciudad y tuvo que rivalizar con el Teatro Nuevo y con el Liceo. En estas zonas recién desarrolladas nacieron nuevos espacios sociales como los cafés, restaurantes y hoteles que reflejaron los nuevos gustos de la sociedad burguesa. Pero estas reformas solo fueron el preludio para la gran expansión de la ciudad que llegará a partir del derribó de las murallas y del largo proceso de construcción del *Eixample*, un nuevo espacio urbano diseñado por y para la nueva burguesía. Este impulso fue acompañado del nuevo rol que fue adquiriendo Barcelona. Tras la pérdida de las colonias latinoamericanas, se estaban sentando las bases para convertirse en una de las ciudades más importantes de la Corona y uno de los ejes sobre los que iba a pivotar la economía española. Debido en parte a la revolución industrial que se estaba gestando y a que se estaba convirtiendo en uno de los nexos coloniales más importantes de la Península. Este desarrollo se hizo sin las infraestructuras apropiadas y con un problema de orden social que provocó que la nueva élite catalana tuviese dificultades para continuar el impulso industrialista.

Si durante el XVIII el catalizador de los cambios fue el comercio, durante la primera mitad del XIX lo será un proceso de industrialización reforzado por una fuerte inversión en nuevas compañías. Este cambio fue posible gracias a una nueva arquitectura institucional, desarrollada en un contexto de alta inestabilidad social y apoyada por la expansión de las casas comerciales. Estructuras articuladas a través de diversas sociedades donde se aglutinaban las inversiones de un grupo familiar. En esta coyuntura, las élites comerciales barcelonesas, por primera vez desde los *Decretos de Nueva Planta*, fueron capaces de definir y aplicar un proyecto de futuro propio con unas marcadas prioridades políticas y económicas. Y, a través del acceso a las instituciones políticas liberales, defenderlo. La estructura del capítulo es la siguiente. En el primer y segundo apartado se explica el proceso de ruptura social que se vivió entre 1808 y 1820. En el tercero se explica el proceso de formación de la élite colonial catalana compuesta por indianos y por una serie de casas comerciales vinculadas con Ultramar. En el cuarto se contextualiza la nueva sociedad que se forma durante la Revolución Liberal, describiendo los principales cambios que sufre la ciudad.

Una visión transversal de la crisis del Antiguo Régimen (1808-1820)

Entre 1808 y 1820 Cataluña y España vivieron el inicio del cambio político, social y económico más importante de su historia con la liquidación del Antiguo Régimen, la pérdida de su imperio colonial y el inicio de la revolución liberal. Los cambios fueron de tal magnitud que desataron un largo conflicto civil, a cuyo fin los dos grupos sociales enfrentados, la aristocracia y la burguesía, llegaron a un entendimiento que sirvió para acabar con los enfrentamientos internos para compartir el acceso a las instituciones, en algunos casos inversiones y, sobre todo, para salvaguardar el derecho a la propiedad frente a un artesanado y un campesinado progresivamente proletarizado, una parte del cual se resistía a las desigualdades del nuevo sistema. La doble revolución, liberal e industrial, se inscribió en el proceso revolucionario que Europa vivió entre 1789 y 1848. Con la salvedad que ya desde los inicios la burguesía barcelonesa rechazó de forma casi totalitaria el jacobinismo francés. El impacto de las posteriores guerras revolucionarias y napoleónicas marcaron un periodo de alta inestabilidad en el que algunos comerciantes barceloneses abrieron el camino al cambio y en el que muchos comerciantes con acceso a crédito consiguieron aprovechar las muchas oportunidades que se abrieron durante la guerra, como las derivadas por la interrupción del tráfico marsellés, a través del tráfico tutelado por los ingleses, o a la liquidación de las estructuras feudales³.

Tras la ocupación napoleónica, los procesos de independencia de las colonias, las Cortes de Cádiz y la restauración del absolutismo abrieron las puertas a un periodo de gran violencia. Una violencia que se tradujo en guerras con potencias externas,⁴ en una guerra civil mal resuelta donde los periodos de paz solo servían para que los contendientes cogieran fuerzas⁵ y diversos estallidos locales de violencia que reflejaban un estado de tensión generalizada y que ponen de relieve el conflicto entre la oligarquía dirigente y el artesanado empobrecido que se iba convirtiendo en el nuevo proletariado.⁶ Sin olvidar los conflictos coloniales que afectaron al desarrollo del comercio⁷. En este entorno convulso sorprende el dinamismo con el que se dio el proceso de revolución industrial, que se convirtió en el eje del crecimiento económico. Fue precisamente la inestabilidad de este periodo la que en parte propició la renovación de las élites económicas y acabó por condicionar la actitud políticamente conservadora de la burguesía catalana y en parte explica el profundo cambio vivido en la estructura de la burguesía comercial e industrial tras la ocupación napoleónica. Hay que tener en cuenta que durante los años 20, algunos burgueses –sobre todo aquellos vinculados a la nueva industria–

³ Para este periodo Jaume Vicens Vives, *Coyuntura económica y reformismo burgués* (Barcelona: Ariel y Vicens Vives, 1969); Josep Fontana, *La Fi de l'Antic Régimen i la industrialització* (Barcelona: Ediciones 62, 1988); Enric Riera i Fortiana, *Els afrancesats a Catalunya* (Barcelona: Curial, 1994).

⁴ Invasión francesa promovida por la Santa Alianza (1822-1823).

⁵ Guerra dels Malcontents (1827) preludio de las Guerras Carlistas 1833-40, 1846-49, y la posterior 1872-1876.

⁶ Hay diversos levantamientos populares puntuales asociados con las carestías de comida a finales del XVIII y principios del XIX, además de los más conocidos como la quema de conventos y de la fábrica Bonaplata en 1835, la *Jamancia* y posterior bombardeo de Barcelona en 1843, los *tres julios* de 1854, 1855, 1856 además de los ecos de las revoluciones burguesas de 1820, 1830 y 1848.

⁷ Diversos conflictos en Latinoamérica entre 1808 y 1833, además de un periodo de frecuentes ataques corsarios tras la independencia de las colonias americanas.

apoyaron decididamente posturas liberales en el sentido revolucionario del término. Existen distintos ejemplos como el de Joan Vilaregut i Albafull, un industrial y político liberal exiliado en Londres por sus ideas que más adelante lideró al partido Progresista en Barcelona, Joan Nadal Ferrater, un comerciante que apoyó activamente en la década de los treinta al ejército liberal, o Erasme de Gònima, un destacado industrial textil barcelonés que mantuvo una actitud neutral durante la ocupación napoleónica. Pero estas actitudes no se extendieron entre la élite y al final del periodo que cubre este capítulo los miembros de la oligarquía catalana, especialmente asustados tras la *Jamancia* (1843), adoptaron posturas profundamente conservadoras⁸.

Durante este periodo es precisamente cuando se dio un proceso de renovación entre las élites y cuando hubo un cambio en el peso específico que tenía la industria y el comercio. Hasta entonces la industria se hallaba supeditada a los intereses de los comerciantes y se consideraba que se era una actividad socialmente poco digna. Pero con el cambio de siglo, la industria fue siendo reconocida implícita y explícitamente como fuente del progreso económico y la burguesía catalana entendió que el proteccionismo era la forma de defender este modelo. La clave para entender esta transformación radica en la crisis del modelo comercial del siglo XVIII, que se sosténía en una serie de circuitos comerciales que exportaban productos agrarios –los más importantes los vitícolas– hacia América, y en menor medida Europa, y que importaban coloniales y metales preciosos de América y manufacturados, trigo, bacalao y algodón del Atlántico y el Mediterráneo. La interrupción del comercio atlántico y las Guerras Napoleónicas reestructuró los parámetros de intercambio; tras 1820, con la adopción de las primeras medidas proteccionistas, se dio un cambio en el modelo de desarrollo económico catalán. Dicho cambio fortaleció a una industria que, para hacer frente a una creciente competencia foránea, llevó a cabo una progresiva especialización productiva, externalizando procesos y centralizando la producción en la costa. A la vez, el principal mercado catalán pasó a ser España de donde se abastecía de grano, y las colonias, a donde se exportaban productos vitícolas para importar algodón en rama.⁹

La formación de una nueva élite burguesa tras las guerras napoleónicas

Esta nueva coyuntura cambió la estructura de la oligarquía de la ciudad. La élite del XVIII estaba compuesta por dos grandes grupúsculos: la nobleza rentista que capitalizaba el prestigio social y unos mercaderes vinculados a las contratas estatales, las rentas agrarias y a negocios comerciales muy específicos. Con la quiebra del Antiguo Régimen, la aristocracia entró en un proceso de relativa decadencia cuando perdió parte de sus privilegios, pero sus miembros más

⁸ Josep Fontana Lázaro, *La revolució liberal a Catalunya* (Lleida: Eumo Editorial, 2000), 140. Angel Smith *The Barcelona Urban Elite, 1808-1899*, Journal of Modern European History. Vol.16 (3) (2018): 399-423.

⁹ Josep María Fradera, *Industria i Mercat Les bases comerciales de la industria catalana moderna* (Barcelona: Crítica, 1987), 230-231 para una versión más completa de estos argumentos.

destacados no desaparecieron ni de la vida social ni como grandes contribuyentes.¹⁰ Probablemente, su supervivencia se debió a que fueron capaces de mantener extensas propiedades. Eso no excluye que su riqueza, su prestigio social y su influencia entrasen en un periodo de progresiva decadencia, ni la quiebra de algunos de ellos. Debido a la estructura feudal, los mercaderes se encontraban social y políticamente supeditados a la aristocracia y en buena parte buscaban acceso a la misma a través del ennoblecimiento. Pero en la periferia geográfica y económica de este grupo apareció un núcleo de comerciantes y fabricantes con una mentalidad económica diferente, y vinculados a unos negocios que a mediados del XVIII no eran los más importantes, pero que durante las primeras décadas del XIX pasaron a ser centrales. Para los mercaderes que dominaron el comercio durante el siglo XVIII, la expulsión de la ciudad durante el conflicto napoleónico, la pérdida de las colonias y la desaparición de los monopolios estatales de suministro supondrá su final.¹¹ Este grupo sufrió una gran renovación con la llegada de nuevos miembros de otras partes de Cataluña, al ganar relevancias las nuevas actividades textiles y al cambiar o desaparecer las rutas comerciales del XVIII. Este proceso de sustitución se completará con el progresivo regreso de los indianos.

Para entender el proceso de renovación de los mercaderes del XVIII es necesario considerar el cambio asociado a sus pautas de reinversión. Como han apuntado diversos autores, durante el siglo XVIII algunas de las familias de artesanos y comerciantes que conseguían acumular capital, reinvertían los beneficios en mejorar el status familiar a través de la búsqueda de caminos para acceder a la aristocracia. Esto llevaba a que la segunda y tercera generación se concentraran más en la búsqueda de cómo mantener esas rentas –ya fuese a través de matrimonios o de prebendas– que en mantener los negocios que en primer lugar les habían hecho prosperar. El progresivo cambio institucional y el alto grado de retorno que significaba la reinversión en sus negocios llevó a algunas familias a cambiar las pautas. Los matrimonios se empezaron a centrar ya no solo en la búsqueda de títulos y rentas, sino que pasaron a buscar la ampliación o pervivencia del negocio, dado que era lo que aseguraba beneficios. Obviamente, esta pauta no fue homogénea, pero aquellos que perduraron dentro de la élite barcelonesa del XIX, partiendo de un origen modesto, fueron en su mayoría las familias que rehuyeron la pura búsqueda de reconocimiento a través de las propiedades. Más

¹⁰ Esta relativa decadencia ya fue apuntada por Manuel Santirso “Los últimos señores de Cataluña”, *Hispania Nova* 2 (2001-2002). Asimismo, en 1853 entre los 25 mayores propietarios de la ciudad de Barcelona, 5 de ellos (20%) eran aristócratas cuyos orígenes se remontan al menos al siglo XVII. Aunque la ampliación de la ciudad al *Eixample* llevó a la entrada de un gran número de grandes propietarios de otros orígenes que les hizo descender en la escala relativa de propietarios en pocos casos perdieron el valor absoluto de sus propiedades.

¹¹ Sola, Vila Despujol, Virós, *Segon Congrés Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*. 2002. 382-383 y 399-401 explican para el caso de Manresa cómo algunas familias bien situadas y con acceso a capital usan las turbulencias creadas tras las Guerras Napoleónicas para acumular capital basado en bienes inmuebles. En este sentido analizan las familias Torrents Miralda y Serra Farreras. Véase también Fontana, *La Fi de l'Antic Règimen i la industrialització*, 186, 196-197, 366. Para el caso de la pérdida del capital invertido en las colonias y de las redes Michael P. Costeloe, “Barcelona merchants and the Latin American wars of Independence” *The Americas* 38, no. 4 (1986): 446.

adelante, en las décadas centrales del siglo XIX, esta pauta cambió y las familias burguesas pasaron a buscar de nuevo el prestigio social y el título.¹²

Las características y el proceso de renovación de este nuevo grupo burgués periférico y relativamente secundario en la sociedad del XVIII las analicé previamente.¹³ Como apunté, las dinámicas concretas que auparon a esta nueva burguesía hay que buscarlas en el estudio de Josep María Fradera sobre el comercio y la industria catalana, cuando señaló que ambos sectores se vieron forzados a darse de la mano a inicios del XIX al reconfigurarse las redes comerciales debido a la independencia de las colonias, a la disminución del comercio atlántico y al aumento de la demanda de cereales¹⁴. En consecuencia, el comercio barcelonés se vio abocado a una reconstrucción de sus rutas, lo que supuso correspondientes y negocios diferentes. En paralelo, durante las décadas de los años 1820 y 1830, la quiebra de la monarquía absolutista, el aumento de la demanda de algodón y el progresivo incremento de los intercambios con Cuba, controladas, en parte, por pilotos y comerciantes catalanes, determinó que se formaran nuevas oportunidades. Y fue durante esas tres primeras décadas del XIX cuando algunas familias bien posicionadas, que no eran miembros en pleno derecho de la élite mercantil o manufacturera de la ciudad, consiguieron acumular un capital considerable, aprovechando los desequilibrios comerciales y los cambios institucionales.

Una forma de reseguir la sustitución de la élite económica de Barcelona es observando los cambios en la composición de la Junta de Comercio a través de las altas de comerciantes en el *Libre de Matrícula de Comerciantes 1758-1828*¹⁵. Usando esta fuente se puede comprobar esta ruptura entre la élite del XVIII y la del XIX, comparando los apellidos que aparecen en el periodo 1763-1808 y los que aparecen en 1809-1828. Los resultados de esta sencilla comparativa nos permiten verificar que solamente el 10% de los apellidos se repiten, mientras que para los periodos 1853-1868, 1868-1883 y 1883-1919, el grado de repetición oscila entre el 34% y el 44%, lo cual indica una mayor continuidad. Esta diferencia la asocio con un mayor grado de ruptura durante el periodo finisecular. Otra forma, de relativizar este 10% es efectuar el mismo ejercicio de comparación de apellidos entre al listado de miembros de la Junta de Comercio entre 1818-1828 con el que poseemos para 1854. De los 25 mayores contribuyentes en el subsidio de Industria y Comercio del año 1853 el 60%, aparecen en el periodo 1818-28. De esta forma, comprobamos que existía un alto grado de continuidad con los miembros de la Junta tras las Guerras Napoleónicas.

Los sustitutos de las viejas familias del XVIII fueron las familias situadas en la periferia de los grandes mercaderes del XVIII a los que aludía antes. Familias prosperas y bien enlazadas con el mundo comercial, con fabricantes textiles relacionados en parte con los de indias, con los fabricantes de manufacturas del

¹² Angels Solà “Tres notes entorn les actituts i valors de l’alta burguesia barcelonina a mitjan del segle XIX”, *Quaderns de l’Institut Catlà d’Antropologia* 3, 1981. En este artículo pone de ejemplo cómo en testamentos y en los epitafios se pasa de loar el trabajo a solamente justificar el status. Lluisa Pla Toldrà, *Els Girona. La gran burguesia catalana del segle XIX* (Barcelona: Fundació Noguera, 2014) también usa este argumento cuando analiza los cambios entre la segunda y la tercera generación de los Girona.

¹³ Sanjuan, “Los orígenes de la oligarquía comercial”.

¹⁴ Fradera, *Industria i Mercat Les bases comerciales de la industria catalana moderna*, 196-197.

¹⁵ Biblioteca de Cataunya, Junta de Comercio, ms. 256.

extenso hinterland barcelonés, con lo más dinámico del mundo gremial, e indianos. Y de todos ellos, únicamente estos dos últimos grupos se pueden considerar totalmente desvinculados de la élite comercial del setecientos. La mayoría de los indianos ocupaban un lugar marginal en la estructura económica del XVIII y la mayor parte del mundo gremial –no todo– ocupaba un lugar secundario entre las élites económicas del setecientos¹⁶. Un indicador de este papel relativamente periférico se observa en que las familias barcelonesas de este segundo círculo, a pesar de encontrarse envueltas en un proceso de acumulación de capital durante la segunda mitad del XVIII, y a pesar de ser en algunos casos relevantes actores económicos, no pudieron acceder a la Junta de Comercio hasta después de la ocupación francesa.¹⁷

En conclusión, la nueva élite del XIX fue una mezcla de oriundos de Barcelona y del campo catalán que mantenía fuertes relaciones con Barcelona, de la cual partieron algunas de las familias más dinámicas para continuar con sus negocios o para llevarlas al siguiente nivel de madurez. Este trasvase se confirma analizando el lugar de nacimiento de los 50 primeros contribuyentes del año 1854. De los que se sabe el lugar de nacimiento, solo un tercio eran nacidos en Barcelona, y de los nacidos en la provincia de la Barcelona los lugares de origen eran principalmente los alrededores de Manresa –Moia, Manresa, *el Bages*– y los pueblos costeros –Vilanova i la Geltrú, Sitges, Arenys–. Y cuando analizamos las biografías de estas familias, vemos que están muchas de ellos vinculadas, con mayor o menor fuerza, al comercio colonial. Las causas específicas que explican esta sustitución son dos. Por un lado la vinculación a los negocios del Antiguo Régimen –contratas estatales, rentas feudales etc.–, y por otro, a negocios comerciales muy concretos que desaparecieron debido a la transformación del comercio con América por la pérdida del contacto comercial con muchas de las antiguas colonias y la reestructuración en torno al eje antillano.¹⁸ La disgregación de estas redes es patente por ejemplo con la vuelta de comerciantes bien situados en las antiguas colonias continentales como Marià Serra i Soler y su suegro los cuales prosperaron diversificando sus negocios o en el caso de Antoni Milà de la Roca que pasó a ser el agente de muchos de los indianos antillanos.

Recordemos, para entender mejor esta situación, las características de los comerciantes a los que nos estamos refiriendo. Estamos aún lejos de las complejas casas de comercio de mediados del XIX. Los comerciantes del setecientos poseían *botiga*, un almacén, intereses en varios barcos y una red de correspondentes vinculados por relaciones de amistad, vecindad o sangre. Esta red era el activo más importante en un entorno inestable, con un alto grado de inseguridad en el transporte y en el que no existían las instituciones necesarias para apoyar al comercio como podía ser un sistema bancario consolidado. En consecuencia, estas redes comerciales, eran por naturaleza poco flexibles y la marcha forzosa de Barcelona durante la invasión

¹⁶ En este sentido en Jesús Cruz, *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española* (Madrid: Alianza Editorial, 2000). Se llega a las mismas conclusiones para los notables (élites políticas) de Madrid durante el periodo de la revolución liberal. Estos provenían de posiciones vinculadas con el poder durante el Antiguo Régimen, pero sin ocupar un lugar central.

¹⁷ Sanjuan, “Los orígenes de la oligarquía comercial,” 18-19.

¹⁸ Fradera, *Industria i Mercat*; véase también el análisis de Costeloe, “Barcelona Merchants and the Latin America Wars of Independence”.

francesa, junto con una reconfiguración de los mercados y las rutas atlánticas, debió suponer una herida de muerte para muchos de ellos. El lugar que ocupaban lo llenaron unos comerciantes orientados a negocios nuevos (como los Girona), con redes alternativas –como la de los Serra-Farreras– o provenientes de las colonias – como la familia Serra-Chopitea–, o los fabricantes de indianas cuyas infraestructuras sobrevivieron quasi intactas a la guerra.¹⁹

La formación de una élite colonial catalana

Mientras en Cataluña se vivía la revolución industrial y liberal, en las Antillas, gracias al comercio colonial y a la emigración, se creó un tipo específico de comerciantes: los *indianos*. La idiosincrasia de sus negocios los llevo a acumular rápidamente capitales muy superiores a los que se estaban formando en ese entonces en la península, a la vez que formaban parte de unas dinámicas migratorias que les permitió repatriarlos cuando muchos aún eran jóvenes, con experiencia en nuevos sectores y en muchos casos habiendo acumulado un capital superior al de sus nuevos vecinos barceloneses²⁰.

El comercio colonial fue una novedad en la dinámica económica catalana del dieciocho. Durante un tiempo existió un debate en torno al papel jugado por los decretos de libre comercio de 1778 y por el nuevo comercio con ultramar con la industrialización catalana. Josep Maria Delgado hizo un repaso del debate, concluyendo que no se puede ligar “el nacimiento de la industria algodonera catalana al desarrollo del mercado colonial durante la época del despotismo ilustrado”.²¹ Pero aunque no fue el motor de la industrialización, si fue uno de sus puentes dado que era el punto de origen del algodón en rama que sustituyó al hilo que se importaba del mediterráneo y las colonias se convirtieron en un mercado cautivo para los productos peninsulares. Además, las Antillas permitían realizar magníficos negocios, generando acumulaciones de capital desproporcionadas si las comparamos con las que permitían los negocios en la península.

Dentro del mundo colonial fue con Cuba donde Cataluña desarrolló una mayor vinculación. Una isla donde se implantó un férreo control militar en torno al cual se fue creando una élite económica que se ligó intensamente a los protagonistas de las dinámicas políticas y económicas de la península. Parte de sus negocios los llevó a vincularse con Cataluña, que era a la vez el lugar de origen de muchos de ellos. A mediados del siglo XVIII, la presencia catalana en América era reducida y vinculada con la administración, el ejército y, en menor medida, con el comercio. Ésta aumentó tras los decretos de 1778 pero no aumentó hasta que no se desreguló durante la década de los 30 del siglo XIX. En este contexto, la comunidad catalana

¹⁹ Alex Sánchez, “Els comerciantes d’indianes: orígens de la burgesia industrial barcelonica”, *Barcelona Quaderns d’Història* 17 (2011): 202.

²⁰ Sobre los Indianos, como obras generales, Bridgit Sonesson, *Catalanes en las Antillas. Un estudio de casos* (Barcelona: Fundación Archivo de indianos, 1995); Angel Bahamonde, José Cayuela, *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX* (Madrid: Alianza Editorial, 1992); Martín Rodrigo Alharilla, *Indians a Catalunya: capitals cubans en l'economia catalana* (Barcelona: Fundació Noguera, 2007).

²¹ Josep María Delgado, “Mercado interno vs mercado colonial en la primera industrialización española” *Revista de Historia Económica* XIII, no 1 (1995): 11-34. Véase también Cesar Yáñez, *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América c.a. 1830-1870* (Madrid: Alianza, 1996), 16-17.

era pequeña y se articuló a través de redes de emigración de ida y vuelta.²² Esta emigración en 1830-35 se cifraba para Cuba en 2.475 individuos, la mitad de los emigrantes censados en la isla. El peso de la comunidad catalana fue disminuyendo relativamente y para 1860, aunque había aumentado a unos 10.000 individuos sólo, suponían el 10% de los emigrados españoles. De todas formas, hay que recordar, que aun siendo una comunidad numerosa y bien posicionada, si consideramos solo el número de fortunas creado entre 1830 y 1880 tal como fue evaluado por Ángel Cayuela y José Bahamonde, veremos que sus miembros no fueron los más numerosos ni los más prósperos de la élite cubana.²³

Antes de analizar las élites coloniales en sí, hay que reseñar brevemente el comercio colonial. Tras la independencia de las colonias continentales, España solo retuvo en el Caribe a Cuba y Puerto Rico, unas colonias que se mantuvieron fieles a la metrópoli española debido a que Cuba entre 1760 y 1800 pasó a convertirse en una economía en constante crecimiento basada en la exportación del azúcar y del café que la llevó a situarse como uno de los ejes económicos de la zona. Pasó de ser el onceavo productor de azúcar en 1760 al tercero en 1792 cuando Cuba empezó a vivir una prosperidad sin precedentes.²⁴

El origen de esta coyuntura tan favorable tiene su origen en los cambios iniciados en el *Reglamento de Libre Comercio* de 1778. Esta legislación había impulsado una serie de cambios sobre la economía colonial cubana que fomentaron el cultivo de coloniales y que permitió la venta de estos fuera de la Corona, al no poder consumirse internamente toda su producción. Algo totalmente atípico en el mundo colonial. El proceso de independencia de las colonias continentales españolas reforzó esta dinámica con la llegada de mano de obra y capitales procedentes de las antiguas colonias. A la vez, el temor a una revuelta debido al gran número de esclavos necesarios para mantener el cultivo de azúcar y café provocó que Cuba y Puerto Rico reforzasen los lazos con el Estado al necesitar la protección militar para mantener el orden interno.²⁵

El comercio que desarrolló Cuba, y en menor medida la de Puerto Rico, que tuvo un despegue más lento, se relacionaba con unos mercados muy dinámicos, como el americano y el inglés, con los que empezaron a tejerse relaciones de dependencia y colaboración. El motor que alimentaba esta economía era el trabajo esclavo cuya productividad era difícil de aumentar²⁶. El tipo de negocio internacional que se desarrollaba en Cuba junto con los intentos poco exitosos de

²² Yáñez, *Saltar con red*, 25-39. Para un resumen de la legislación en torno a la emigración durante el periodo, página 53 para las cifras de la emigración y 131-136 para las restricciones a la emigración a partir de la década de los 30.

²³ Bahamonde y Cayuela, J. *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. (Madrid: Alianza Editorial, 1992) . 367-369 anexo documental.

²⁴ En 1760, Cuba era el onceavo productor mundial y en 1792 el tercero. Véase Manuel Moreno Fraguinals, *El Ingenio* (Barcelona: Crítica, 1964), 28.

²⁵ Véase Leandro Prados de la Escosura y Samuel Amaral, Eds. *La independencia americana: consecuencias económicas* (Madrid: Alianza Editorial, 1993); Antonio Santamaría García, “Reformas coloniales, economía y especialización productiva en Puerto y Cuba, 1760-1850”, *Revista de Indias* LXV, no. 235 (2005): 709-728 para una comparativa entre Cuba y Puerto Rico.

²⁶ Moreno Fraguinals, *El Ingenio*, 249 y 342. Entre 1815-1842 el argumento es que la aplicación de la máquina de vapor en los ingenios y en los ferrocarriles agotó las posibilidades de progreso técnico y la productividad queda ligada al precio del esclavo.

aumentar la productividad de los ingenios a través de la mecanización o los ferrocarriles, llevó a los indianos a ganar experiencia en estos campos. Una experiencia de la cual algunos sacarían lecciones importantes que se transmitieron a Cataluña décadas más tarde como se pone de manifiesto la presencia de éstos en los nuevos negocios que se desarrollaron en Barcelona como fue el primer ferrocarril de España.²⁷

La emigración catalana estaba vinculada con redes comerciales, que necesitaba de vendedores, dependientes, corresponsales, pilotos, agentes y comerciantes de confianza. De esta forma, una pequeña comunidad fuertemente vinculada por relaciones de vecindad, lengua y cultura, que dominaba parte del transporte de una colonia que se estaba convirtiendo en la zona más próspera de las Antillas, pudo participar en actividades comerciales que le resultarían extremadamente provechosas como el tráfico de esclavos, la exportación de algodón para las fábricas textiles, la importación de vino en el contexto de un mercado cautivo y el comercio de azúcar y de otros productos cubanos a España y a otros mercados. Y podían participar en estas actividades porque disponían de una industria, de una flota lo suficientemente flexible como para adaptar sus costes a los cambios en la demanda y de unas redes de corresponsales con los que articular la logística y las finanzas de las operaciones entre los cuales las relaciones personales de confianza eran esenciales.²⁸

El comercio con Ultramar no sólo enriquecía a los situados en las colonias. Entre los mayores comerciantes barceloneses aparecen una serie de familias cuyo patrimonio está relacionado con el comercio antillano, pero sin que sus individuos viajasen a las colonias habitualmente. Tal es el caso de la Casa Torrents Miralda que estaba relacionada tanto con la importación de algodón como con el tráfico de esclavos. El caso de Josep Vidal-Ribas, proveniente de una familia de origen gremial y que fue el co-propietario de tres barcos dedicados al comercio con África y de una factoría esclavista en Guinea.²⁹ El de la familia Font i Pares la cual participó en el comercio colonial exportando vino, importando algodón y gestionando un ingenio en Cuba. O el padre de Ramón Maresch y Ros, uno de los promotores del Ferrocarril de Barcelona a Mataró, su presidente y el propietario de una empresa con intereses en América.

Esta dinámica, fue progresiva. Primero controlaron el comercio de importación y exportación, luego invirtieron en infraestructuras, controlando uno de los extremos de la cadena de producción y, en consecuencia, disponiendo de capital. Un capital que en parte usaron para sustituir a los antiguos propietarios de

²⁷ Santamaría García “Reformas coloniales, economía y especialización productiva en Puerto y Cuba, 1760-1850”, *Revista de Indias* LXV (235) (2005): 739-735. Para el ferrocarril Archivo Histórico Protocolos Notariales de Barcelona-Moragas Ubach, F. *Constitución, conservación y utilización del camino de hierro entre Barcelona y Mataró*. 6-6-1845.

²⁸ Yáñez, *Saltar con red*, 85-91. Véanse las páginas 250-256 para una descripción de las cadenas migratorias. Fradera *Industria i Mercat*, 120-123 para una descripción de cómo funcionaba una casa comercial y su red clientelar.

²⁹ Sanjuan “El tráfico de esclavos y la élite barcelonesa. Los negocios de la Casa Vidal Ribas” en *Negreros y Esclavos. Barcelona y la esclavitud atlántica*, Eds. Lizbeth Chaviano y Martín Rodrigo (Barcelona: Icaria, 2017).

las plantaciones cuando estos entraron en una espiral de deudas.³⁰ Esto fue posible debido a que durante el segundo tercio del XIX, los comerciantes catalanes en las Antillas estaban en una posición inmejorable para añadir a los coloniales el comercio de algodón, vinculándose con el cambio económico que se estaba desarrollando en el Principado en una sinergia beneficiosa para ambas partes.

El capital acumulado en las colonias no se mantuvo íntegramente allí. La inseguridad política, la dificultad de rentabilizar algunas reinversiones en las Antillas y el propósito de algunos emigrados de volver a la metrópoli provocó una repatriación de las fortunas. El destino de las mismas no fue sólo España, también se recolocaron los beneficios en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Los capitales transferidos a Barcelona no se han podido cuantificar, pero parece que representó uno de los destinos preferentes de la élite cubana, aunque por detrás de Francia y Gran Bretaña. La evaluación de estos trasvases de capitales y la cuantificación de su impacto en la economía barcelonesa es algo que aún se tiene que estudiar en detalle.

Para concluir este apartado, es necesario explicar la relación del comercio catalán con la esclavitud, dado que se ha especulado desde que la base de las fortunas indias y de la prosperidad catalana estaba basada en el tráfico de esclavos hasta que los comerciantes catalanes se involucraron de forma puntual en el comercio de seres humanos tras su ilegalización, empujados por la falta de negocio que provocaron las independencias.³¹ Interpretaciones más recientes dan un papel menos coyuntural al tráfico. Está claro que la trata de esclavos era el negocio más rentable que existía y que era uno más de los negocios de una burguesía con estrechos vínculos con el Atlántico. Pero no era, ni de lejos, el más importante en términos absolutos y no fue el origen del crecimiento que tuvo la economía catalana durante esas décadas. Sin olvidar que era un negocio practicado en otras ciudades de España ni que la institución de la esclavitud era la base de la economía cubana que a su vez era uno de los puentes de la hacienda liberal española.³²

El sistema económico que se creó en las Antillas Españolas estaba basado en el uso intensivo de la mano de obra esclava. Un modelo coherente con el entorno económico y con las necesidades de un mercado que demandaba mano de obra barata y en grandes cantidades, debido a la incapacidad de aumentar la productividad significativamente. Así, asegurar una continua afluencia de esclavos pasó a ser uno de los ejes de la economía cubana durante las seis primeras décadas del XIX³³. Por ello no es exagerado afirmar que la mayoría de los miembros de la élite colonial estuvieron relacionados, de forma directa o indirecta, con la esclavitud, pero no puede afirmarse que su tráfico crease todas las fortunas de los indios.

³⁰ Moreno Fraguas, *El Ingenio*, 420-432. Véase también Martín Rodrigo Alharilla, “Hacendados versus comerciantes. Negocios y práctica política en el integrismo cubano”, en *III Coloquio de Historia canario-americana; VIII Congreso Internacional de Historia de América*, Coord. Francisco Morales Padrón (Las Palmas: Cabildo Gran Canaria, 1998); Bahamonde y Cayuela, *Hacer las Américas*, 30-35 y 87-89.

³¹ Eloy Martín Corrales, “La esclavitud negra en Cataluña entre los siglos XVI y XIX” en *Negreros y esclavos. Barcelona y la esclavitud atlántica, 17-19 y 34-35* para una revisión de las principales aportaciones al debate.

³² Sobre la trata vinculada con Barcelona véase Chaviano y Rodrigo Alharilla, Eds. *Negreros y esclavos*.

³³ Para la constitución de la Habana como *hub* esclavista véase José Luis Belmonte Postigo, “Brazos para el azúcar, esclavos para vender. Estrategias de comercialización en la trata negrera en Santiago de Cuba, 1789-1794”, *Revista de Indias* LXX, no. 249 (2010): 445-468.

durante la primera mitad del siglo XIX, aunque eso no quita que la trata fue una magnífica oportunidad para que algunas familias acumulasen un capital inicial, consolidasen sus fortunas o bien como la usasen como forma de diversificar los negocios.

La participación catalana en el tráfico de esclavos se inició a finales del siglo XVIII cuando el antiguo sistema de asientos fue liberalizado y los comerciantes ingleses se retiraron del mismo. Diferentes grupos económicos de ciudades de la península, entre ellas Barcelona, participaron en este tráfico, ya fuese como financiadores o bien involucrados directamente en las expediciones³⁴. Pero fue a partir de la década de los veinte cuando pasó a ser un negocio ilícito vigilado por el gobierno británico, momento en que pasó a arrojar fantásticos beneficios a la vez que se añadían barreras de entrada debido a las inseguridades asociadas a un comercio ilícito: las patrullas británicas, la piratería, la inseguridad jurídica, etc. Esta oportunidad de enriquecerse para los capitanes españoles se agotó durante la década de los sesenta debido a la vigilancia inglesa y la competencia estadounidense.³⁵

Los beneficios de la trata alimentaron las cuentas de algunas casas comerciales catalanas y españolas. En este sentido, encontramos participaciones puntuales como la de Mariano Serra, uno de los fundadores del Banco de Barcelona y marido de la beata Dolores de Chopitea, y otras sostenidas en el tiempo como las de Joan Martorell y Peña o como la de la rama de la manresana casa Miralda, que participó en estas redes de ultramar de forma activa al lucrarse de la trata a través de la corresponsalía que mantuvo en Veracruz (Méjico) y que entre 1814 y 1825 regentó Leogedari Serra y Vilarmau (1773-1846) tío de los hermanos Leogedari y Josep Serra Farreras. También relacionado con dicha familia encontramos a Carles Torrens Miralda, el segundo hijo de la rama Torrens Miralda, que fue enviado a Barcelona a como representante de la firma *Pau Miralda* donde invirtió en diversos sectores, entre ellos el comercio de coloniales y esclavos.³⁶ Un negocio que siguió su yerno Josep Vida Ribas, quien sin ser indiano, invirtió en factorías en Guinea y cuyos barcos fueron apresados por la marina inglesa.³⁷

³⁴ Josep Maria Fradera, “La participació catalana en el tràfic d'esclaus (1789-1845)”, *Recerques* 16 (2016): 119-139.

³⁵ Moreno Fraginals, *El Ingenio*, 213-262.

³⁶ Angels Sola, *L'Elit Barcelonina a mitjans del segle XIX* (Barcelona: tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 1977), 537 para un listado de sus inversiones. Para Carles Torrens véase Martin Rodrigo Alharilla, “Spanish merchants and the slave trade” en *Slavery and Antislavery in Spain's Atlantic Empire*. Josep Maria Fradera y Christopher Schmidt-Nowara, Eds. (Londres: Bergaham books, 2013), 186. En los despachos del *Foreign Office* del año 1850 se menciona una expedición esclavista de Barcelona que tenía como compradores a la casa Hermanos Samà. Foreign Office 84-907, 17.

³⁷ Dolores García Cantus, *Fernando Poo: Una aventura colonial española en el África Occidental (1778-1900)* (Valencia: tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2004), 358. En el periódico *La América. Crónica Hispano-Americanica* del 24 de Febrero de 1858 se expone una defensa del “injusto apresamiento de la goleta Conchita”, firmado por el Catedrático de Derecho Mercantil Giménez Serrano. En él se expone una versión censurada del apresamiento del bajel. Una versión sin censurar que incluye la confesión de los oficiales en British Parliamentary Papers (BPP), Correspondence with the British Commissioners (...) Correspondencia del Juez encargado del caso G. Skelton a George William Frederick Villers Secretario de Estado para Asuntos Exteriores y BPP, Correspondence with the British Commissioners (...) Informe del Capitán del Firefly al Secretario del almirante 29-8-1857.

El fin de la renovación y el retorno de una clase dirigente (1820-1844)

Económicamente, el periodo entre 1820 y 1844 estuvo marcado en Cataluña por la recuperación de la crisis finisecular y a partir de la década de los treinta por una expansión económica. Esta dinámica se dio en un periodo en el cual algunas empresas ofrecieron rentabilidades altas y en el que las compañías industriales reinvertían sus beneficios buscando mejoras productivas con las que capturar el mercado español.³⁸ La clave de este crecimiento fue la aparición de la nueva industria textil algodonera, soportada por una estructura comercial flexible, capaz de dotar al país de materias primas, barcos, maquinaria y crédito. Cataluña fue, en suma, capaz de impulsar un proceso de revolución industrial y en su vórtice se hallaba una nueva burguesía barcelonesa que durante este periodo consolidó su dominio sobre Barcelona.

La vía a través de la cual se impulsó este crecimiento fue una industria que, aun siendo incapaz de producir a unos costes competitivos para exportar, pudo abastecer el mercado interior español a través de una estructura basada en un modelo de casas comerciales lo suficientemente flexibles como para adaptarse a los cambios en los mercados derivados de la independencia de las colonias y a la restructuración de los mercados vitícolas del Norte de Europa, que ya no aceptaban aguardiente y que tuvieron que redirigirse hacia América del Sur, mayoritariamente hacia Brasil y Cuba.³⁹ Unas casas comerciales que entendieron la importancia del negocio que suponía abastecer y financiar a la nueva industria algodonera, cuyos relativamente elevados precios de la mano de obra hacían rentable la adopción de la mecanización, a la vez que la adopción del vapor les permitía situarse en Barcelona, donde los costes de transporte eran inferiores. Un modelo que consistía en exportar productos textiles al mercado español, productos vitícolas y esclavos a las colonias y azúcar a Estados Unidos; e importar algodón, coloniales de las colonias, cereales de España y maquinaria y carbón del exterior. Todo ello en un favorecido entorno protegido.⁴⁰

Políticamente, la construcción del Estado liberal en la década de los treinta, situó a Barcelona como uno de los ejes de la política española, y en la década de los cuarenta empezaron a surgir las primeras iniciativas para influir en la política de la Regencia. El núcleo dirigente de la ciudad había sufrido un cambio. Habían pasado de ser mercaderes y aristócratas a irse componiendo en el transcurso de unas pocas décadas en fabricantes y comerciantes desligados de la lógica estamental y vinculados en menor o mayor medida al nuevo Estado Liberal. Es decir, la nueva élite de la ciudad pasó a ser eminentemente burguesa. Pero su crecimiento estaba limitado por unos mercados incapaces de generar todos los beneficios a los que aspiraban. El nuevo modelo dejó muchos temas por resolver dado que la nueva

³⁸ Carles Sudrià, "Comerç, finances i industria en els inicis de la industrialització catalana" *Barcelona Quaderns d'Història* 11 (2004): 9-38. En Vicens Vives, *Industrials i Polítics*, 44-45 se define el periodo como "importantísimo para el despliegue económico del ochocientos, porque de su balance final dependerá el desarrollo venidero de la estructura industrial del país".

³⁹ Francesc Valls Junyent, *La Catalunya Atlàntica*. Capellades (Vic: Eumo, 2003) 299 y 317-319.

⁴⁰ Fradera, *Industria i Mercat*, 19; Julio Martínez-Galaraga y Marc Prat, "Wages, prices, and technology in early Catalan industrialization", *Economic History Review* 69, no. 2 (2016): 584-574; Alex Sánchez, "Crisis económica y respuesta empresarial. Los inicios del sistema fabril en la industria algodonera catalana, 1797-1839", *Revista de Historia Económica*, 3 (2000); Jose Fontana, *La formació d'una identitat*, 279.

burguesía no adquirió todo el poder político que necesitaba en el nuevo Estado, al enfrentarse con un modelo centralista y a nivel municipal -debido al continuo estado de excepción en el que se vivía se debía convivir con el Capitán General que tenía en la práctica todo el poder.⁴¹

El marco en el que se desarrolló esta expansión fue el de una alta inestabilidad política: en dos décadas Barcelona, pasó por un liberalismo inestable durante el trienio, una breve tutela francesa, una nueva restauración absolutista y un periodo de enfrentamiento militar entre partidarios del absolutismo y el liberalismo. Estos continuos cambios fueron fruto de un enfrentamiento violento en el que, a pesar de que la ciudad se libró de las consecuencias de la Primera Guerra Carlista no quedó excluida de impactos violentos. Por citar los destacados, iniciamos el periodo con el asedio de las tropas francesas de los Cien Mil Hijos de San Luís (1823), seguimos con la represión del Conde de España al sector liberal tras la retirada de las tropas francesas (1827-1832), la revuelta que derivó en la quema de conventos y de la fábrica *Bonaplata* (1835), el alzamiento liberal (1836) y el bombardeo de la ciudad por Espartero y Prim (1842 y 1843).

La forma en que estos conflictos afectaron a la ciudad es una de las causas que explican la continuidad de las élites tras el cambio acaecido durante las Guerras Napoleónica. A pesar de la violencia, la ciudad y sus elites quedaron en gran medida al margen de las consecuencias de las guerras y las revueltas. Al contrario de lo que sucedió en 1714 y en 1808, Barcelona ya no vivió ocupaciones ni destrucciones violentas y masivas. Aunque la guerra civil asoló parte el territorio con numerosas bajas civiles y militares, no se luchó en Barcelona y los miembros de las elites, excepto cuando se involucraron de forma voluntaria, no fueron llamados masivamente a luchar. E incluso aquellos que apoyaron al bando perdedor tuvieron la oportunidad de reincorporarse a la estructura social, como es el caso de parte de la aristocracia catalana que una vez acabada la guerra ya participaban en el juego político liberal.

Tampoco fue igual de intensa la represión ejercida por el estado borbónico contra los elementos liberales, al cebarse en trabajadores y en los elementos burgueses más radicalizados, pero afectó a las elites barcelonesas de forma moderada. La represión a los liberales tras el Trienio se inició más tarde que en el resto de España al quedar la ciudad en un cierto *oasis*, al estar bajo la autoridad francesa hasta 1827.⁴² Un *oasis* que no evitó que una parte de los industriales tuviesen que exiliarse y que la Comisión de Fábricas fuese clausurada⁴³. La prueba de que las élites económicas no se vieron afectadas por la represión, como apuntó Fontana, son las inversiones realizadas durante el periodo. Entre las familias investigadas se observa esta expansión de la inversión: durante los primeros años de la década de los treinta, se creó la Sociedad *Bonaplata, Vilaregut y Rull* con más de 400.000 pesetas de inversión en terrenos cedidos por la Hacienda Militar, se creó la firma *Jerónimo*

⁴¹ Como obras generales, para un estudio sobre el final de la regencia de Espartero y la década moderada Fontana, *La fi de l'Antic Règim i la industrialització*; Albert Carreras, “Cataluña, primera región industrial de España” en *Pautas regionales de la industrialización española: (siglos XIX-XX)*, Jordi Nadal y Albert Carreras, Dir. (Barcelona: Ariel, 1990); Jaume Fuster Sobrepera, *Barcelona i l'Estat centralista. Indústria i política a la dècada moderada* (Vic: Eumo, 2005).

⁴² Fontana, *La fi de l'Antic Règim i la industrialització*, 213-214, 231, 247.

⁴³ Sánchez, “Crisis económica y respuesta empresarial”: 515

Juncadella y cia con más de 200.000 pesetas y se iniciaron las inversiones de la *Compañía Catalana de Vapor*, cuyo capital en 1834 ascendía a 240,000 pesetas.⁴⁴ Inversiones inverosímiles para un periodo de altísima inestabilidad, pero entendibles si existió complicidad con el Estado. Este argumento se refuerza por el hecho de que en este momento se observa el regreso de indianos portadores de inmensas fortunas como Josep Xifré, Joan Güell, Manuel Lerena o Joan Manuel Bofill. Una repatriación que habría sido imposible en un entorno de represión contra comerciantes o fabricantes.

De hecho, la violencia que sufrió la élite fue en el transcurso de las bullangas, las cuales provocaron un cierto pánico y la constatación de que el *enemigo* que realmente podía amenazarles era una población empobrecida. Es bien conocido el caso de la quema de la fábrica *Bonaplata* durante la revuelta de 1835, pero no fueron los únicos que sufrieron las revueltas. Entre las familias de la élite encontramos otros casos de violencia como el sufrido por la familia Nadal, cuando la tienda donde vendían los paños fue quemada, o cuando Joaquín Desvalls tuvo que pedir auxilio al General Llauder para evitar que su finca en Horta fuese incendiada.⁴⁵ Para combatir a este *enemigo*, compuesto por sus empleados y sus inquilinos, necesitaba contar con el apoyo del nuevo Estado Liberal, lo cual, en parte, explica la progresiva adopción de un proyecto común por parte de la gran burguesía comercial manufacturera, que más tarde la pequeña burguesía y de la menestralía harán suyas. Estas ideas se basaban en la defensa de aquellos aspectos que eran imprescindibles para el desarrollo de la economía catalana: un mercado protegido, la eliminación de las barreras internas que impedían la libre circulación de mercancías, un marco comercial que permitiese la importación de materias primas y alimentos, y el mantenimiento de las relaciones comerciales con Cuba. Todo ello basado en un proceso de industrialización. Esta postura común se convirtió, como nos recuerdan Pierre Vilar, Pere Pascual y Alex Sánchez, en una política económica coherente basada en el proteccionismo, el orden social, la reinversión de los beneficios y el recorte de los costes de mano de obra con el objetivo de ampliar los mercados frente a la competencia.⁴⁶

La burguesía buscó cómo aplicar esta doctrina a la vez que promovió unos cambios dirigidos a transformar la industria para hacerla más competitiva. El camino era el de abaratizar los costes mejorando el transporte, impulsando la inversión en ferrocarriles, o las escuelas técnicas; y desde luego, a través de la contención de los salarios. Esta política buscaba provocar un crecimiento sostenido

⁴⁴ Para la Compañía Catalana del Vapor, véase Martín Rodrigo Alharilla “Navieras y navíos en los primeros tiempos del Vapor”, *Transportes, Servicios y telecomunicaciones* 13 (2007): 62-92, para el resto Base de datos del Departamento de Historia e Instituciones Económicas Universidad de Barcelona. Para los terrenos cedidos para crear la fábrica *Bonaplata*, Alberto Del Castillo, *La Maquinista Terrestre y Marítima, personaje histórico* (Barcelona: Eix Barral, 1955), 104. Este mismo argumento lo utiliza Fontana con el ejemplo de la solicitud de los Girona de abrir el Banco de Barcelona.

⁴⁵ Roser Gali, “Crédito comercial e inversión fabril. El «holding» Nadal i Ribó (1828-1875)”, *Revista de Historia Industrial* 22 (2002): 45-77; Josep Fernández Traval, *Els Desvalls i Catalunya. Set-cents anys d'història d'una família noble catalana* (Lleida: Pagès Editors, 2013), 529.

⁴⁶ Sánchez, “Crisis económica y respuesta empresarial”; “Els fabricants d'indianes”, 220-221 para más detalles sobre los puntos que la burguesía defendía. De todos estos puntos, el proteccionismo constituyó un punto fundamental al identificarse con el crecimiento económico y al constatarse la imposibilidad de igualar los precios de los productos extranjeros.

de la economía catalana y española. Las claves eran una industria competitiva y unas mejores comunicaciones que abaratasesen los costes de los productos manufacturados catalanes y de los cereales, los cuales aumentarían la renta de obreros y campesinos, lo que llevaría a una disminución de los desórdenes y por descontado consolidaría los beneficios de las oligarquías. Los comerciantes y fabricantes defendieron este sistema en sus discursos internos y externos en los cuales el proteccionismo era su piedra angular.⁴⁷ Desafortunadamente, esta estrategia no dio los resultados esperados: el mercado interno no aumentó lo que debía para sostener el sistema y las innovaciones técnicas mejoraron los costes, pero sin ejercer ningún efecto tractor en las industrias auxiliares, aunque sí redujeron la mano de obra, lo cual derivó en más inestabilidad social. Además, la clase dirigente catalana tuvo que defender sus posturas frente a las librecambistas defendidas por determinados sectores españoles. El sistema se mantuvo puesto que lo que sí que aumentaron fueron los beneficios.⁴⁸

Obviamente, este posicionamiento no significaba que no hubiese discrepancias internas entre las buenas familias de Barcelona. En su seno había enfrentamientos, como muestra la división de los industriales entre el Instituto Industrial de Güell y Fomento de la Producción Nacional, los enfrentamientos entre *liceístas* y *cruzados* o las solicitudes de una cierta liberalización por parte de los industriales de Sabadell. Además, una parte de la burguesía y unos pocos miembros de las élites, defendieron las posiciones del partido progresista. De estos últimos cabe destacar a industriales como Tomás Viladomiu i Bertarn y Joan Nadal Ferrater que apoyaron a las tropas liberales y especialmente las figuras de Pascual Madoz, Joan Vilaregut i Albafull y a Laureano Figuerola, Joan Vilaregut actuó activamente en Madrid en la defensa de la industria catalana desde la Comisión de Fábricas,⁴⁹ Pascual Madoz colaboró activamente con la burguesía catalana antes y después de entrar en política,⁵⁰ y Laureano Figuerola a pesar de que tuvo agrios enfrentamientos

⁴⁷ Sánchez “Crisis económica y respuesta empresarial” para un resumen de estos círculos virtuosos. Miquel Izard, *Manufactureros, industriales y revolucionarios* (Barcelona: Crítica, 1979), 83-141 afirma “que el proteccionismo era, para las burguesías catalanas, la panacea para los problemas de la economía española, hasta tal punto que los llevaba a una lateral interpretación de la historia”. Esta idea la defendió Joan Güell afirmando que el crecimiento de los años 30 se debió a “exclusivamente a unos aranceles protectores”. Las citas aparecen en las páginas 88 y 93. Para una revisión de la historia del proteccionismo Jose María Serrano Sanz y Jose María “Librecambio y protección en la España Liberal”, *Historia Contemporánea* 43 (2011): 623-652

⁴⁸ Carles Sudrià, “Comerç, finances i industria en els inicis de la industrialització catalana”, *Barcelona Quaderns d’Història* 11 (2004): 9-38; Pere Pascual Domenech, *Los caminos de la era industrial. la construcción y financiación de la Red Ferroviaria Catalana* (Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 1999). Sobre la controversia en torno a las causas del crecimiento, véase Jordi Nadal, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913* (Barcelona: Ariel, 1975).

⁴⁹ Para una biografía de Joan Vilaregut Roser Solà i Montserrat, *Joan Vilaregut i Albafull, industrial i progresista, Barcelona 1800-1854*, (Monserrat: Montcada i Reixac, 2001).

⁵⁰ Pascual Madoz se instaló en Barcelona en 1832 y mantuvo una relación muy estrecha con la burguesía catalana toda su vida. Inicialmente adoptó posturas liberales, dirigiendo el periódico *El Catalán* y fue un contertulio habitual del Café de la Noria en Barcelona y parece haber participado en los sucesos de julio de 1835. Tras su entrada en política mantuvo un perfil más moderado, pero continuó la relación con Cataluña. Sobre su relación con la burguesía véase por ejemplo el escrito incluido en la Constitución del Ferrocarril de Barcelona a Zaragoza el acta de constitución de la sociedad se inicia con el agradecimiento al Pascual Madoz: “Solo después de perseverantes esfuerzos y gracias a la poderosa influencia del Excelentísimo Señor D. Pascual Madoz pudo desvanecerse la

con el sector industrial de la burguesía catalana con Joan Güell a la cabeza cuando entró en política, durante la década de los 50 había sido un abogado de renombre cuyo despacho trabajaba con la burguesía catalana.⁵¹ Sin embargo, esta defensa de las posturas progresistas, que ganaron fuerza durante el Sexenio, no convenció y acabó siendo denostada por la burguesía dominante durante la Restauración.⁵²

El otro grupo de las élites barcelonesas era la aristocracia. Era un grupo minoritario compuesto en Barcelona por un puñado de familias que apoyó al absolutismo, pero realizando cuando fue posible un doble juego con el sector liberal. Un caso claro es el de Joaquim Desvalls, el cual financió al carlismo a la vez que pagaba impuestos a los liberales, lo que le permitió integrarse en las instituciones liberales una vez acabado el conflicto, o el de Cayetano de Amat, que entró en los gobiernos municipales liberales tras la *jamància*.⁵³ Tras la derrota del primer carlismo, y en parte tranquilizados por la forma en que se desmontó el estado feudal, las familias de la alta aristocracia barcelonesa aceptaron el cambio integrándose entre la élite conservadora de la ciudad.

Esta élite mayoritariamente conservadora necesitaba, para implementar su visión política y económica de una serie de herramientas que escapaban de su alcance. Eran necesarias instituciones de crédito, infraestructuras, orden social, y aranceles muy bien definidos. Y para desarrollar estas herramientas era necesario un acceso al poder político que la burguesía en 1820 no poseía, dado que el poder municipal estaba supeditado a la corona y ésta no estaba interesada en realizar lo necesario para que la industria prosperase. Por ello, la burguesía necesitaba controlar los resortes del poder municipal y algunas de las teclas del poder estatal.

La implicación de esta nueva burguesía en los resortes del poder es clara. A través de una revisión de los puestos políticos relevantes –alcaldes, senadores y diputados– que ocupaban los mayores contribuyentes activos en 1853, se observa cómo una parte de las familias estudiadas se involucró activamente en la dinámica

prevención que en ciertos lugares existía contra la prolongación de nuestro camino. Más no se crea que hubiera por ello medio como salir de la continuada incertidumbre y vacilación a que condenaba el *statu quo* del negocio. Cuanto más crecía la lucha, cuanto más vigorosamente eran las representaciones y solicitudes de los interesados, tanto más que el poder supremo parecía regir el dar una solución que había de lastimar precisamente el interés de los unos o de los otro; y es indudable que para llegar lo más tarde posible a este extremo para ver sí del seno mismo de la lucha nacía y germinaba la de la avenencia, el Gobierno de SM comunicó a los interesados una Real Orden en virtud de la cual todas las corporaciones administrativas económicas y facultativas, de entreambas (sic) provincias debían elevar su dictamen sobre las ventajas e inconvenientes de los respectivos trazados que se disputaban la concesión". Archivo Histórico Protocolos de Barcelona, Notario Falp, J; 09-02-1861. Fue nombrado hijo predilecto de Barcelona.

⁵¹ Véanse las contribuciones de Antón Costas, "La visión de Laureano Figuerola" y Francesc Cabana "L'enfrontament amb la industria catalana" en *Laureà Figuerola i la Peseta*, Ed. Josep Jané Solà. (Barcelona: Societat Catalana d'Economia, 2003).

⁵² El proteccionismo fue defendido por la práctica totalidad de las corporaciones catalanas. Joan Palomas Moncholi. *El rerefons econòmic de l'activitat dels parlamentaris catalans (1876-1885)*, (Barcelona: tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002), 272.

⁵³ Josep Fernandez Tarbal. *Els Desvalls i Catalunya. Set-cents anys d'història d'una família noble catalana*. (Barcelona, Pages, 2014):533-534. Anónimo. *Revolución De Barcelona Proclamando La Junta Central: Diario de los acontecimientos de que ha sido teatro esta ciudad, durante los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre de 1843*. (Barcelona, Manuel Sauri, 1844): 191. Fontana, La Fi de l'Antic Règimen i la industrialització: 366 menciona también el ejemplo de Ferrán de Sagarra que seguirá una trayectoria similar al de Joaquim Desvalls apoyando al Carlismo para luego integrarse en el *Institut Agrícola de Sant Isidre*.

política liberal. Esta participación directa en el juego político no es nueva para los catalanes. Desde 1812 comerciantes y miembros de las élites burguesas habían participado, ya fuese como diputados o a través de publicaciones, en la política nacional. Sin embargo, mientras que 1812 el perfil de los diputados catalanes reflejaba el mundo feudal –al estar compuesta por doctores en leyes, aristócratas–, durante las décadas de los treinta y los cuarenta encontramos mayoritariamente a comerciantes y fabricantes entre ellos.⁵⁴ Con una política que, como describe Pascual Madoz, estaba fuertemente ligada al territorio y a los intereses catalanes.⁵⁵ Políticamente, como analiza Josep María Pons i Altès, los propietarios y algunos comerciantes se fueron agrupando en torno al partido moderado, creando el Instituto Agrícola de San Isidro, mientras que los fabricantes y las clases medias lo harán en torno a los progresistas, liderados desde 1849 por Pascual Madoz, en muchos aspectos el hombre de la burguesía industrialista en Madrid. Pero los fabricantes –tras los choques de la Junta de Fábricas y el Instituto Industrial– fueron acercando posiciones con el resto de fuerzas homogeneizando posturas a medida que el ala más progresista y más alejada de las élites económicas fue derivando hacia un liberalismo más democrático.

Además de defender sus intereses de forma activa, los políticos catalanes trataron de influir en Madrid. En este sentido, Joan Fuster explica cómo se canalizó esta iniciativa cuando a finales de los años cuarenta se financió el periódico *El Locomotor*, donde escribieron algunos de los que se convertirían en los defensores intelectuales de las ideas de la élite catalana como Duran y Bas, Mañe y Flaquer o Balaguer. Un impulso reforzado por una patronal unida bajo el Institut Industrial de Catalunya.⁵⁶ Sin embargo, no consiguieron un encaje en Madrid al no poder integrarse en los gabinetes ni en los ministerios.⁵⁷

Por el contrario, en el acceso al gobierno municipal, las nuevas élites tuvieron más éxito.⁵⁸ El acceso al consistorio, como explicó Fontana, debe de interpretarse en el marco de una cierta pérdida de control del Estado, que la burguesía supo identificar y aprovechar para ocupar cierta cuota de poder, manteniendo a raya a la menestralía y la nueva clase obrera. Este vacío de poder del Estado fue consecuencia de la guerra civil que vivió el país y que hizo que los Capitanes Generales –Manuel Llauder (1832-35) y Francisco Espoz (1835-36)– estuviesen más preocupados por combatir a los carlistas que en reprimir el orden interno de la ciudad. En consecuencia, ambos buscaron la complicidad de la nueva élite burguesa, fomentando por ejemplo la creación de la Sociedad Económica de Barcelona. Ésta fue una institución compuesta por las fuerzas vivas del país para obtener recursos para hacer frente a la guerra carlista pero que fue clave para la

⁵⁴ Quintí Casals Bergés, “Los diputados catalanes en las Cortes de Cádiz (1810-1813): proceso electoral y prosopografía”, *Manuscrits: Revista d'història moderna* 31 (2013): 205-237.

⁵⁵ Josep Maria Pons i Altès. “Los grupos dirigentes en la Cataluña Urbana”, en *Estado y Periferias en la España del siglo XIX*, Ed. Salvador Calatayud, (Valencia, Universidad de Valencia, 2009): 208.

⁵⁶ Para el Institut, Roser Solà i Montserrat. *L'Institut Industrial de Catalunya i l'associacionisme industrial de de 1820 a 1854* (Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997). Fuster Sobrepera, *Barcelona i l'Estat centralista*, 136-189.

⁵⁷ Fontana, *La revolució liberal a Catalunya*, 169.

⁵⁸ Ramón Arnabat, “La revolució liberal a Barcelona. Política de classes i classes de política”, *Barcelona Quaderns d'Historia* 10 (2004): 11-58; Fuster Sobrepera, *Barcelona i l'Estat centralista. Indústria i política a la dècada moderada* (Vic: Eumo, 2005).

transformación liberal.⁵⁹ Esta complicidad con el poder estatal y el miedo que generaron las bullangas de 1835 y 1836 provocaron que en 1837 la burguesía catalana apoyara sin reservas al Baron de Meer para asegurarse la protección de sus negocios y que en 1843 apoyasen el bombardeo de la ciudad. Pero ello no impidió que esos mismos burgueses buscasen tres años más tarde la alianza de los liberales y los trabajadores para tratar de derribar las murallas.⁶⁰ En otras palabras, las élites –fabricantes próximos al progresismo incluidos– se esforzaban en mantener el orden social, pero procurando que la expansión económica continuase.

La culminación de este proceso llegó con el inicio de la década moderada, cristalizó una nueva estructura estatal centralista autoritaria y de base “exclusivista”, en palabras de Joan Fuster Sobrepera, en la que se buscaba contentar tanto a los industriales catalanes como a los propietarios agrícolas castellanos y andaluces.⁶¹ Pero como apunta Fontana, la idiosincrasia de la ciudad matizó el conservadurismo que se desarrolló durante estas décadas, que se situaba cercano a un cierto liberalismo. Era un conservadurismo pragmático que toleró en Barcelona unos ciertos aires de libertad, que ayudan a explicar cómo un personaje como Josep Santa-María, fuese alcalde entre 1858 y 1863. Un individuo de pensamiento y trayectoria liberal que había sido previamente comandante de la milicia nacional y redactor del periódico liberal *El Constitucional*.⁶² Y fue este pragmatismo el que, a mi entender, consiguió que se superaran las tensiones que llevaron a que una parte de los industriales rompiesen la cohesión en torno a la Junta de Comercio y la Comisión de Fábricas creando el Instituto Industrial o el conflicto protagonizado entre *liceístas* y *cruzados* a raíz de las elecciones de 1849.⁶³ Esto les llevó a encarar la segunda mitad del XIX con una gran homogeneidad interna, y por ello la política económica común que defendían se puso de manifiesto en iniciativas políticas conjuntas, como la defensa de los intereses esclavistas frente a las provocaciones inglesas de 1841,⁶⁴ la tolerancia de las asociaciones obreras en 1846, las medidas para garantizar el empleo durante la crisis de 1848,⁶⁵ el intento en 1850 y 1852 de

⁵⁹ Fontana “Barcelona i l'Estat centralista”: 33, menciona el cambio que se dio durante los treinta en la sociedad civil barcelonesa y como ésta facilitó la obtención de recursos para la guerra carlista.

⁶⁰ Los cambios del consistorio en Ramón Arnabat y Angels Solà, “L'Ajuntament de Barcelona (1808-1839)”, en *Història de l'Ajuntament de Barcelona*, Dir., Manel Risques Corbella (Barcelona: Ajuntament de Barcelona, Enciclopedia Catalana, 2008); Arnabat, “La revolució liberal a Barcelona”; y Fontana, *La revolució liberal a Catalunya*. Fuster Sobrepera, *Barcelona i l'Estat centralista*, 25-27 y 34 para una descripción del régimen moderado y de su alianza con el poder municipal y el desencanto de los fabricantes con el Trienio.

⁶¹ Fuster Sobrepera, *Barcelona a la dècada moderada*, 405.

⁶² Gloria Santa-Maria Batlló, “La política municipal de Josep Santa-Maria, alcalde de Barcelona, 1858-1863”, *Barcelona Quaderns d'Historia* 10 (2004): 219-234. 220.

⁶³ Según Serafí Pitarrà los partidarios de la Santa Creu eran “viejos calvos y con peluca”, y representaban a la vieja aristocracia, mientras que los liceístas eran gentes “jóvenes elegantes y ricos”, que eran injuriados por ser meros comerciantes. Citado en Gary W. McDonogh, *Las buenas familias de Barcelona* (Barcelona: Ediciones Omega, S.A, 1989), 248.

⁶⁴ Biblioteca de Catalunya, Junta de Comerç, LX, 3, 80. Escritos sobre el tráfico de esclavos en los que se defiende evitar la emancipación debido a que se percibe como una estrategia inglesa para desestabilizar las colonias españolas.

⁶⁵ Fuster Sobrepera, *Barcelona i l'Estat centralista*, 85-86 y 111-119. Éste destaca, además, como uno de los fabricantes que se negaron a pagar la contribución extraordinaria

candidaturas unitarias,⁶⁶ la solicitud de derribo de las murallas,⁶⁷ o la férrea defensa del comercio con África⁶⁸. Un posicionamiento que durante la Restauración eclosionará en el *Partido Catalán*, un grupo de parlamentarios catalanes que estaba fuertemente vinculados con los grupos económicos catalanes.

Las élites económicas catalanas, en resumen, consiguieron durante los años cuarenta acceso al poder local y recuperaron el adjetivo de "dirigentes" que habían perdido tras la Guerra de Sucesión (1705-1714). La Diputación estaba en manos de la Asociación de Propietarios de la Provincia y en el Ayuntamiento los comerciantes y capitalistas ganaron posiciones, siendo el primer grupo en 1848.⁶⁹ El cambio derivado de la década moderada había puesto las riendas de la política municipal en manos de las élites económica, las cuales estaban usando ese poder para transformar la ciudad. El texto del primer empréstito que firmó el consistorio en 1852 pone de manifiesto esta nueva influencia: el objetivo era construir la calle Princesa, que estaba destinada a ser una de las principales arterias de Barcelona y los grandes contribuyentes son llamados explícitamente al Ayuntamiento para autorizar el préstamo.⁷⁰ El ejemplo más claro de esta progresiva preponderancia se observa en el papel social que fue tomando la burguesía. Durante la primera mitad del XIX, los aristócratas, a pesar de ir desapareciendo del gobierno municipal, mantuvieron un espacio e influencia. Su posición social se puede comprobar cuando, al visitar Espartero y la Reina la ciudad en 1840, estos eligieron alojarse en el Palacio del Marqués de Castellbell. Pero cuando en 1874 Alfonso XII regrese a España a través de Barcelona, fue la familia de Samà la que envió un carruaje para recoger al monarca y durante la exposición universal de 1888, el comité de la exposición estaba compuesto por burgueses, sin rastro ya de la antigua nobleza.⁷¹

Conclusiones

La alta sociedad barcelonesa del XVIII era estable y previsible para las clases superiores. A pesar de la convulsión social que supuso la emergencia de los nuevos sectores sociales que trataban de crear sus espacios, había una jerarquía social que no se ponía en duda. Estaba claro cuál era el *cursus honorum* para el ascenso social, que pasaba invariablemente por la compra de títulos y de un progresivo viraje hacia

⁶⁶ Fontana, *La Fi de l'Antic Règimen i la industrialització*, 298.

⁶⁷ Sara Anna Mangiagalli “Barcelona 1854-1856: Crónicas del Ensanche, reflexiones de Antonio Brusi Ferrer”, *Arquitectura, Ciudad y Entorno* 1 (2006): 35

⁶⁸ Sanjuan, “Los orígenes de la oligarquía comercial”.

⁶⁹ Sobre una visión del cambio, Pons i Altés, “Los grupos dirigentes en la Cataluña Urbana” en *Estado y Periferias en la España del siglo XIX*, 184-185. Sobre el caso de Barcelona, Ramon Arnabat sitúa en la década moderada la transformación del consistorio cuando pasó a tener una función controladora de la ciudad. Véase Arnabat “La revolución liberal a Barcelona”. A pesar del acceso al poder, el alcalde de Barcelona fue designado por la Corona hasta 1917, aunque la disposición de fuerzas resultado de las elecciones era la que determinaba el sentido de la política.

⁷⁰ Archivo Histórico Administrativo de la Ciudad de Barcelona, Libro de actas del ayuntamiento de la ciudad de Barcelona, 1852, ff. 249-250.

⁷¹ Dolores Pérez Tarrau, *La Saga cubana de los Samà, 1794-1933* (Barcelona, Viena Ediciones, 2007), 247; Cristina Grandas Sagarra, *Presencia de los indianos en Barcelona* (Barcelona, Ambit Serveis editorials, 2012), 138. Varios autores han destacado el pacto entre la nobleza y las nuevas clases burguesas para repartirse el poder. Un estado de la cuestión en Jesus Millan “¿No hay más pueblo? Elites políticas y cambios sociales en la España liberal”, en *Las élites en Italia y en España*, Eds. Rafael Zurrita y Renato Camurri (Valencia: Universitat de València, 2008), 212.

las rentas. Pero este mecanismo se había ido rompiendo a medida que variaban las formas en que se acumulaba el capital y que las nuevas ideas que recorrían Europa impregnaban a la sociedad española. Las Guerras Napoleónicas y la posterior crisis propiciaron un cambio social en la ciudad, comparable al acaecido tras la Guerra de Sucesión. Hubo un relevo en las élites, como ya observaron antes otros autores, y el cambio fue especialmente profundo entre las élites comerciales de la ciudad. Los antiguos mercaderes de la Junta de Comercio del XVIII fueron sustituidos por familias situadas en la periferia geográfica y económica de la ciudad, muchos de ellos prósperos comerciantes y fabricantes bien preparados para encarar la nueva coyuntura del XIX. Sus orígenes son una mezcla de oriundos de Barcelona y de foráneos provenientes del campo catalán y de las colonias. Entre ellos destacan los indianos y antiguos agremiados, entre los que encontramos casos de promoción económica.

De los casos estudiados en mi tesis doctoral, que incluyen los mayores contribuyentes de los años 1853, 1883 y 1919 para los que se puede situar su momento de creación, una gran mayoría (el 62%) formaron sus fortunas entre 1750 y 1840. Esta nueva élite nació dividida en tres grandes grupos: unos hacendados en algunos casos vinculados al Antiguo Régimen, unos comerciantes dinámicos y con múltiples inversiones; y unos fabricantes cuya importancia crecerá. Este conglomerado presentará distintas agendas, pero el peligro de la revolución los llevará a progresivamente presentar un frente unido y un programa político común. Esta transformación es patente a través de los cambios en los apellidos de la Junta de Comercio. Tras la Guerra del Francés se observa un cambio mucho más profundo que ningún otro registrado a posteriori. Su naturaleza está asociada a varios factores. En primer lugar, la propia inestabilidad del periodo 1795-1815, que destruyó rutas comerciales, obligó a familias enteras a huir, a la violencia física que azotó la ciudad, la pérdida de las colonias, la quiebra del sistema señorial con su sistema de rentas y privilegios y la crisis económica. En segundo lugar, las medidas adoptadas para paliar esta crisis a partir del fin del conflicto europeo que provocaron transformaciones en las relaciones entre la industria y el comercio, la apertura de nuevos mercados y negocios fuertemente vinculados a la importación de algodón y a los cambios sufridos en el mercado vitícola. En tercer lugar, por un proceso de revolución industrial que activó el ahorro catalán para darle soporte. Y por último, debido a la creación de un nuevo espacio en las Antillas donde existía la posibilidad de acceder de forma directa al dinámico mercado anglosajón. En este entorno destaca especialmente la progresiva irrupción de un tipo de comerciantes, los indianos. Fueron capaces de acumular unas fortunas relativamente grandes gracias a los negocios coloniales entre los que se contaba el tráfico de esclavos. Un negocio estratégico, muy rentable, pero que no explica, en sí mismo, la acumulación de capital que se produjo.

Por todo ello, Barcelona pasará a ser en la década de 1830 una de las ciudades más importantes de un nuevo y frágil Estado que intentaba consolidar un régimen liberal y cuyo dominio colonial se había reducido a unas pocas posesiones. Con las que además Barcelona mantuvo relaciones privilegiadas. Así, la burguesía barcelonesa pudo empezar a reclamar protección y seguridad con más fuerza, articulando y defendiendo un programa político económico propio volviendo a ejercer el rol de clase dirigente. Un rol perdido por las élites catalanas tras la Guerra

de Sucesión. La ciudad se expandió económica y demográficamente y para mantener este crecimiento debió crear una serie de soportes. Así se alumbró una sólida patronal, la creación de instituciones financieras, empresas de transporte y una reordenación en el ámbito cultural. En paralelo, cambió el espacio de poder municipal donde la nueva clase dirigente consolidó un nuevo espacio, muy vinculado a la nueva infraestructura estatal. La nueva clase dirigente barcelonesa se adaptó a estos cambios y medró, viviendo una auténtica revolución en el sentido de promoción social.